

## DISCURSO

PARA EL DIA

### DE SANTA VERÓNICA DE JULIANI.

(DE TRONCOSO.)

*Quæsvivi sponsam mihi eam assumere, et amator factus sum  
formæ illius.*

La busqué para tomarla por esposa, y quedé enamorado de su hermosura.

*Sabid., c. 8. v. 2.*

Entre los títulos con que Dios honra á las almas justas que abrazan la práctica de los consejos evangélicos, ninguno hay tan tierno y expresivo como el de esposa, título con que distingue á las puras vírgenes que á él se unen por medio de un amor santo y entrañable. Este es el testimonio mas inequívoco de una union fuerte, indisoluble y perpetua con que se enlazan el corazon de Dios y el de la criatura. Un alma que se desposa con Jesucristo, deja de pertenecer al mundo, renuncia cuanto pueden ofrecer de mas placentero y agradable las criaturas, se eleva sobre las cosas del tiempo, y morando en el cielo en un cuerpo terrestre, se asocia á los espíritus invisibles que disfrutan de la inmensurable eternidad. Que Dios se complazca en esta union amorosa y perfecta con las almas inocentes, manifiéstanlo en mil pasajes los divinos Libros. Pero entre todos el Cántico de los Cánticos es el monumento mas irrefragable del placer con que el Señor ambiciona este desposorio divino. ¡Con qué palabras tan tiernas no manifiesta el amor de que está consumido su corazon! ¡qué expresiones no adopta

para atraer á sí al objeto de sus castas delicias! Ora bajo el emblema de un pastor, convida á la esposa á que siga las huellas de su ganado y conduzca sus cabritillos hácia su hermoso aprisco. Ora cual amante apasionado y celoso, prorrumpe en suaves afectos y la dice: « Heriste mi corazon, oh esposa amada, con una sola mirada tuya, con una trenza de tu cuello; tus labios son un panal que destila miel, y el olor de tus vestidos es semejante al perfume del incienso. » Unas veces la compara á un huerto cerrado, otras á una fuente sellada, ya al verjel ameno do brotan toda especie de olorosas plantas y deliciosos frutos, ya á una paloma cándida y sin hiel. Ultimamente, encareciendo la perfeccion de esta union santa y amorosa, concluye diciendo que aun cuando el hombre diere todo cuanto posee por llegar á obtenerla, seria reputado por nada, porque su amor es mas fuerte que la muerte misma, y los incendios de su pecho semejantes á un volcan inmenso que no podrian extinguir todas las aguas de los rios.

Ved aquí, católicos, una alegoría sublime que expresa cuán grande sea el amor de Jesucristo hácia las almas; cuán entrañable el deseo de unirse á ellas por medio de un desposorio de voluntad y de afectos; cuán ardientes sus celos por poseer solo y sin reserva alguna el corazon de sus criaturas. Muchas sin duda han sido las almas que heridas de los punzadores dardos del amor de este divino esposo, se le han consagrado desde sus mas tiernos años, y unídose á él por medio de una correspondencia la mas perfecta á sus divinos llamamientos. Empero la virgen ilustre que es hoy objeto de nuestros cultos, merece una especial mencion por hallarse en ella, á mas de las gracias y dones comunes en las demas esposas del Cordero divino, unos rasgos tan particulares, unos caracteres tan singulares y portentosos, que no pueden ménos de excitar la admiracion y el entusiasmo. Muchas son ciertamente las reinas que adornan la corte del rey de las eternidades; innumerables las esposas que rodean el tálamo del divino esposo (1). Las Brígidas, las Teresas, las Gertrúdis, las Catalinas, las Ildegardas... mil y mil otras que mi memoria no recuerda en este momento, son otras tantas almas que por su adhesion constante á Jesucristo merecieron ser admitidas á los castos abrazos del inmortal esposo.

(1) Cant. 6. v. 7.



Mas ; oh inmortal Verónica de Juliani ! Tus glorias en nada podrán ser oscurecidas por el brillo que despiden esas almas grandes y generosas. Ellas mismas te aclamarán dichosísima y te colmarán de alabanzas.

Y con justicia, católicos, pues en Verónica de Juliani se vieron reunidas las virtudes de las unas, los éxtasis y carismas de las otras, y el amor de todas. Si la comparais con las Catalinas, no echaréis ménos en ella la impresion de las sacratísimas llagas del Salvador ; si con las Teresas, tambien en ella admiraréis la transverberacion de su costado ; si con las Brígidas, la vereis no ménos que ella experimentar los dolores todos de la pasion ; si con las Ildegardas... Dejemos empero estas gracias extraordinarias, y contemplemos la interior belleza del corazon de nuestra ilustre vírgen. De ella muy particularmente puede decirse que Jesucristo, prendado y fuertemente enamorado de su hermosura, la buscó con avidez para tomarla por esposa : *Quæsiivi sponsam mihi eam assumere, et amator factus sum formæ illius.* ¿Y habrá quien pueda tachar de exagerada esta proposicion ? Hinquen norabuena su venenoso diente los prudentes segun la carne en la ínclita Verónica de Juliani al verla desde su cuna rodeada de tantos favores celestiales. Duden si quieren de la realidad de los prodigiosos hechos que señalaron el curso de su vida, los que acostumbran á medir el poder de la gracia segun los cálculos de la ciencia humana. Los destemplados gritos de la impiedad jamas podrán sofocar la voz de la iglesia, que despues de sujetar por tres veces á un escrupuloso exámen ante el incorruptible tribunal de sagrados ritos los dones con que fué enriquecida y las virtudes con que ella adornó su corazon, pronunció un fallo que hará para siempre enmudecer á los émulos de sus glorias. Dejemos pues que la incredulidad sacie su venenosa saña con invectivas y sarcasmos ; nosotros entre tanto, registrando los principales rasgos de la historia de nuestra heroína, admirarémolos en ella una esposa de Jesucristo que respondiendo con la mayor prontitud al llamamiento de su divino esposo, y uniéndose á él por medio del amor mas constante, mereció ser correspondida con las gracias mas singulares y con un amor sin límites. Verónica de Juliani nos ofrecerá en el mundo el modelo de una inocencia que arrebató el corazon de Jesucristo, y le hace desearla por esposa : *Quæsiivi sponsam mihi eam assumere*; y en la religion : un dechado de

virtud y perfeccion cuya hermosura obliga á Jesucristo á manifestarla su amor con toda especie de celestiales carismas ; *et amator factus sum formæ illius.* Estas dos sencillas reflexiones dividirán todo el asunto. Imploramos los divinos auxilios por la mediacion de la Reina de las vírgenes, dirigiéndola la saluacion angélica. *Ave María.*

#### PRIMERA REFLEXION.

Cuando un alma es destinada en los eternos designios de Dios para grandes empresas, grandes son en proporcion las gracias que se le conceden. Este principio de mi angélico doctor se verifica en toda su verdad en la gloriosa vírgen cuyo elogio vamos á bosquejar. La ciudad de Mercatelo su patria admiró en el nacimiento de esta niña cosas tan singulares y portentosas, que desde luego infirió qué estaba escogida por el supremo Criador para lustre, gloria y ornamento de la iglesia católica. Al contemplar en un ser débil y todavía balbuciente un carácter dulce y amable, un genial quieto y pacífico, una alegría imperturbable y exenta de las impertinencias inseparables de la tierna infancia, sus virtuosos padres pudieron justamente lisonjearse de que habian recibido del cielo un don inestimable. Sobre todo acrecíase su admiracion al notar que en ciertos dias de la semana, no solamente no se acercaba al pecho, sino que rehusaba recibir el nutrimento propio de su edad, á no ser una vez por la mañana y otra por la tarde, y esto en cortísima cantidad. ¡Oh Dios protector de la infancia ! Extendad vuestra poderosa diestra sobre esa criatura en quien ya se advierten señales inequívocas de ser destinada á formar coro con las esposas del Cordero ! ¡Tomadla bajo vuestros auspicios, pues vuestro es su corazon, vuestras sus potencias y todo su ser ! ¡ Lanzad léjos de ella el espíritu mundanal ; ahuyentad el genio de la corrupcion ; no permitais que se acerque á su cuna ese Leviatan soberbio, que tan solícito se muestra de la perdicion de los humanos !

Mas no hay por qué temer que se malogre esta tierna planta. Regada con las aguas puras de una educacion virtuosa, frutos tempranos brotará, que serán sobremanera gratos al Señor. ¡Y cuán precoces fueron efectivamente los frutos de la inocente virtud de Verónica ! Si la hubierais visto á la edad de cinco



meses desprenderse de los brazos de su madre, y ponerse por sí sola en pié ante un cuadro que representaba el augustísimo misterio de la Trinidad beatísima, puntualmente en el día de esta solemne festividad (1); si cuando apenas contaba tres años la hubierais contemplado embelesada en hermohear con sus propios adornos una imágen de María, y obsequiándola con toda especie de inocentes cariños; si en aquella época en que la criatura desconoce de todo punto sus destinos y es incapaz de distinguir el precio de la virtud, hubierais notado el anhelo con que deseaba agrandar á Jesus y á su benditísima Madre, y el esmero con que evitaba cuanto su tierna inteligencia juzgaba no ser de su buen agrado, no dudo que, arrebatados á vista de tanta inocencia, y admirados de unos preludios tan felices, hubierais presagiado lo que en tiempo debia ser la vírgen de Mercatelo.

No era posible que el Señor se mostrase indiferente á los obsequios de un corazón inocente, que sin conocerle le amaba ya hasta con delirio. Jesucristo se complace en el alma de Verónica, y desde luego la elige por esposa suya. Como el esposo de los Cánticos, llámala á sí por medio de mil señales y prodigios. Ora haciéndola oír su melodiosa voz desde la imágen objeto de las delicias de su amada niña, la dice: « Mucho te amo; pero mira que no has de poner tu amor en otro, sino todo en mí (2). » Ora apareciéndosela entre las flores del jardín do afanosa trabajaba para embellecer su querida imágen, la dice: « Yo soy la flor del campo (3). » La inocente niña siente arder en su tiernecito pecho un fuego que no conoce; ama á Jesucristo sin saber casi quién es; y le ama tan entrañablemente, que al ver que no la es posible gozar como quisiera de su amable presencia, se aflige, llora inconsolable, corre á precipitarse ante su imágen embelesadora, prorumpe en cariñosas quejas porque se la ha escapado de entre las manos y vuelto á las de su madre, y protesta que no podrá vivir sin él.

Quizás habrá quien juzgue que estos afectos de la niña Verónica no fuesen sino pueriles ilusiones, indignas de fijar la atención de un entendimiento recto y despreocupado; mas no será así, si se hace atención á las acciones con que ya desde entón-

(1) *Salvatori. Vid. de la B. Verón. de Juliani, c. 1. p. 4. Edic. Madrid, año 1808.* (2) *Ibid. c. 2. p. 7.* (3) *Ibid.*

ces comenzaba á distinguirse entre las de su edad, y que prueban que Dios, que tenia respecto de ella pensamientos de paz y designios de un orden superior, la habia dado un conocimiento precoz de sus perfecciones y de las bellezas de la virtud. La beneficencia con los menesterosos, los deseos de mortificación y penitencia, el recogimiento y silencio continuo, la sumision y humildad profundísima que manifestaba á sus mayores, el gusto y afición á las obras de piedad y á los ejercicios de religion, tales eran sus entretenimientos, estas sus ocupaciones en los momentos que la obediencia no la prescribia algun deber doméstico. Empero llegaba un tiempo en que Verónica debia desarrollar una virtud mas sólida, y ofrecerse á la faz del mundo como un modelo de inocencia y decoro virginal, capaz de enamorar el corazón de Jesucristo y de determinarle á elegirla definitivamente por esposa, en cumplimiento de la palabra que siendo mas tierna la habia empeñado. Una voz celestial retiñe en los oídos de la sencilla vírgen en medio de sus virtuosas ocupaciones: « ¡Esposa mia, la cruz te aguarda! » ¿ La cruz? Sí, católicos, y Placencia es el Calvario en donde nuestra heroína debe probar sus amargos frutos. Allí es conducida por el autor de sus dias; y no bien ha fijado su pié dentro de sus muros, cuando por segunda vez escucha un acento que la dice: « ¡A la guerra! ¡A la guerra! » Tal vez la inexperta doncella desconociendo entónces el verdadero sentido de estas palabras, juzga que se refieren á la guerra de que los placentinos se veían á la sazón amenazados, y por un inocente impulso, quiere adiestrarse en el manejo de las armas para contribuir á la defensa del país. ¡Oh alma sencilla! No son carnales las armas de que debes usar en el combate que te se prepara; porque los enemigos que han de acometerte, no son hombres que intenten expugnar los muros de esa ciudad en que vives, sino emisarios del enemigo infernal que á todo precio procurarán triunfar de tu inocencia y hacerte víctima de su furor. Embraza pues el escudo de la fe, y pertrecha tu corazón de las almas espirituales, en quienes reside un poder sobrehumano para triunfar en Dios de las arterías del mundo, de la carne y del averno, y destruir sus planes de exterminio.

Así lo entendió Verónica por boca del mismo Jesucristo; y en su consecuencia la oración ferviente y continua y la frecuencia de sacramentos fueron las especiales armas con que se



aprestó para la lucha que de cerca la amenazaba. ¡Cuán grande era el fervor! ¡qué sobrehumana la fortaleza que la inspiraba la sagrada comunión! Al separarse del celestial convite, sentíase abrasada en un volcán de abrasadoras llamas, engrandeciéndose su corazón, su valor se acrecentaba extraordinariamente, y podía como san Pablo desafiar á la muerte, á la vida, á la tribulación, á la angustia, al mundo y al infierno juntos, á que probasen contra ella sus armas, segura de que nada en el cielo ni en la tierra sería capaz de apartarla del amor de su dulce Jesús. Llegó pues el momento de combatir. Su mismo padre es el que la hace la más cruda guerra. Deseoso de inspirar á su hija el afecto hácia un joven que la pretendía por esposa, vélese de todos los medios imaginables para llegar al logro de su designio. Ya la obliga á engalanarse más que las demás hermanas, para mejor hacer lucir las gracias que naturaleza había derramado en su semblante: ya la proporciona diversiones y placeres de todo género, para aficionarla al mundo y á sus encantos; unas veces por sí, otras por medio de sus amigos, siempre, en cualquier ocasión, aprovechaba cuantas circunstancias pudiesen favorecer su empresa. Largo y cruel martirio padeció la inocente y virtuosa virgen al ver que por todas vías la asediaban para arrancarle el tesoro más precioso que poseía. Ni su profunda humildad, ni su sufrido silencio, ni súplicas, ni ruegos, ni lágrimas bastaron para desimpresionar á su padre de aquella idea para ella tan funesta. Solo Jesucristo era su consuelo; ante sus divinos pies hallaba únicamente reposo su alma angustiadísima. Allí derramando virginal llanto, renovaba sus protestas de fidelidad eterna; y allí Jesucristo, que prendado de la inocencia de su corazón, la quería por esposa, confortábala y la revestía de un valor heroico para resistir á los continuos y recios combates que daban á su inocencia. Intenten por buena hacerla olvidar su vocación al estado religioso, privándola de toda comunicación que pueda fomentar sus deseos. No por esto se desanima y acobarda. « Monja he de ser, decía con resolución, llena siempre de una encantadora humildad; vos lo vereis, padre mío; inútilmente queréis que mi corazón se mude; no es posible; de día en día se acrecientan mis deseos. » Tal vez el mal aconsejado padre apelará á otros medios, ora violentos, ora suaves, para vencer á su hija; empleará el artificio manifestándola que siendo tanto su amor hácia ella, no le será posible vivir en su

ausencia, y que no sería creíble que intentase privarle de este consuelo en su ancianidad. Mas Verónica, sin dejarse conmovido de este lenguaje seductor, contesta: « ¿Cómo quereis, padre mío, que así lo haga, si el Señor me quiere para esposa suya? Él es mi supremo padre á quien yo no ménos que vos debemos obedecer, y así es preciso que os conforméis con su divina voluntad. »

Ya parecía haber conseguido el triunfo apetecido nuestra virgen magnánima. Al ver al autor de sus días conmovido con su respuesta, lisonjeábase de haber rendido aquella fortaleza al parecer inexpugnable; pero se engaña: todavía la faltan combates que sufrir para completar su victoria. Conducida á Mercatelo á casa de un tío suyo, ve levantarse nuevas borrascas contra su inocencia. Sus domésticos son otros tantos enemigos de su vocación; sus mismas hermanas la hablan un lenguaje mundanal, que la disgusta sobre manera. Si pide licencia para visitar el monasterio de santa Clara, se le niega bajo las más severas leyes; si se entrega á los ejercicios de piedad, se procura distraerla de ellos con ocupaciones de diversa especie; si habla de asuntos que digan relación á sus deseos, se le impone el más estricto silencio. ¡Jesús dulcísimo! ¿Es posible que de esta suerte ha de padecer inconsolable la que vos habeis escogido para esposa? ¿Habrà de naufragar en las aguas de la tribulación? ¡Vedla enferma de amor, que desfallece y muere porque no llega el día de lanzarse en vuestros amorosos brazos! ¡Romped vos las cadenas que oprimen el cuello de esa hija de Sion!

Quebrantáronse en efecto los hierros; cesó el cautiverio; llegó el día deseado de la libertad. Verónica triunfa de la oposición del mundo; su inocencia incontrastable vence los obstáculos que se presentan á la realización de sus deseos. En el momento mismo en que creía engalanarse con los laureles del triunfo, el demonio redobla sus ardides; pero Dios á su vez hace un prodigio, y Verónica con indefinible gozo de su alma abandona el mundo en donde había sido *un modelo de inocencia que la hizo digna de que Jesucristo la eligiese por su esposa*, y entra en el monasterio de religiosas capuchinas de Castelo, para ser entre las hijas del serafín llagado, *un dechado de virtud y perfección, cuya hermosura obliga á Jesucristo á manifestarla su amor con toda especie de celestiales carismas*. Ved aquí lo que vais á oír en la



## SEGUNDA REFLEXION.

No es cosa extraña, católicos oyentes, que Jesucristo se muestre tan amante de las almas puras é inocentes, cuando él mismo ha protestado que tiene sus delicias en morar con los hijos de los hombres. Si aun con los mismos pecadores se manifiesta tan cariñoso y tierno, ¿qué no hará con aquellos que procuran corresponder á sus divinas inspiraciones, y fieles en practicar sus divinos preceptos, viven para él únicamente, sin desear otra cosa que aquello que es de su divino agrado? Sube empero de todo punto este amor de Jesucristo respecto de aquellas almas que, renunciando heroicamente á todo lo visible, y fijando sus pensamientos en lo invisible é imperecedero, se sacrifican ante las aras del amor como hostias de placacion y de alabanza, y se unen con los lazos indisolubles de los votos religiosos al esposo inmortal de las vírgenes. ¡Cuán perfecto fué el sacrificio de la ilustre Verónica de Juliani desde el momento en que se vió dentro de los atrios del Señor! ¿Qué hay ya para mí en el cielo (pudo muy bien decir con el Profeta), ni qué puede ofrecerme la tierra capaz de llenar mis deseos, fuera de tí, oh esposo de mi alma? Mícarne desfallece, y mi corazón se pierde en tu divino seno; porque tú solo eres mi Dios y mi herencia para siempre (1).

Diríase ciertamente que la inocente virgen Verónica dejó de vivir para sí tan luego como fué recibida en el número de las hijas del seráfico patriarca; pues, á imitacion de este grande héroe, todos los momentos de su existencia fueron en lo sucesivo consagrados exclusivamente á Jesucristo, sin que en sus pensamientos, ni en sus afectos ni en sus operaciones tuviera otro objetó que la voluntad santísima del que la eligiera para esposa suya. Sujeta en un todo á la direccion del mismo Jesucristo, que la dió las reglas espirituales que debía observar para caminar á la mayor perfeccion, sin perjuicio empero de someterse á la voluntad del que en nombre suyo dirigia su conciencia en el tribunal sagrado, jamas ejecutó cosa alguna por su propio movimiento, aun cuando la pareciese ser buena y perfecta. Sus superiores eran para ella como otras tantas divinidades, cuyas

(1) *Psalm. 72. v. 25 et 26.*

palabras eran oráculos, y cuyas insinuaciones respetaba como otros tantos preceptos. Inútilmente intentó el enemigo comun apartarla del verdadero camino, revistiéndose de todas formas y adoptando cuantos disfraces juzgó podian contribuir al logro de sus infernales designios. Ora se la aparece bajo el aspecto de su misma maestra, y la aconseja y manda que se abstenga de dar cuenta á su director del estado de su conciencia, y que ella misma se dirija por el camino comun de la virtud. Ora revisitiéndose de la imágen del mismo Salvador, la presenta un gran libro, y la dice que allí únicamente es donde debe buscar las reglas de la perfeccion. Verónica, ilustrada del cielo, penetra los amaños del demonio, y con heroica resolucion le dice: « ¡Apártate, bestia infernal: yo no necesito de tus libros, ni quiero otro que el del Crucificado y la voluntad de Dios! »

Con tan felices auspicios Verónica no podia ménos de correr con pasos agigantados en la perfeccion religiosa. Si se contempla su fe, era tan héroica, que ni aun escuchar queria la menor palabra que se dirigiese á inquirir el modo ó el por qué de algun misterio; diciendo con entereza, que á la criatura solo toca creer y no indagar. Digna por cierto de que el Señor, á quien en todo momento tenia presente en su memoria, se dejase ver frecuentemente á su lado, conversando con ella con admirable familiaridad. Si se hace atencion á su esperanza, esta jamas pudo ser turbada á pesar de los recios ataques y de las continuas tentaciones con que se vió combatida. En medio de sus mayores angustias, ved aquí cómo se expresaba aquella grande alma: « Cuanto mas pienso en la grandeza de Dios, mas valor saco para combatir contra todo el infierno. Sé bien que nada soy, nada puedo, nada valgo; y así siempre estoy firme en la consideracion de mi nada; y mientras mas profundizo en el abismo de mi nada, mas llevada me siento á la consideracion de los divinos atributos. Deténgome en el de la divina misericordia, y allí como en un espejo veo resplandecer el amor y caridad de Dios en los beneficios que me ha hecho y hace de continuo... En su caridad y amor espero cuando tengo esta vista de mi nada, y de que nada puedo sin la gracia de mi Dios (1). » Concebid, si os es posible, expresiones mas subli-

(1) *Salvatori en la vida de la santa, refiriéndose á sus escritos, lib. 3. c. 2. pág. 214.*



mes y que mejor persuadan su imperturbable esperanza en Dios. Y su caridad? Ah! ¿quién no la vió inflamada siempre en un fuego consumidor que la hacia salir fuera de sí misma, y convidar á las criaturas todas á alabar, engrandecer y amar á su Dios? ¡Cómo se complacia en llamar á Jesucristo esposo de su alma! ¡Cuán elocuente era su voz toda vez que hablaba de las perfecciones y atributos de la Divinidad! Díganlo sus mismas religiosas, que al oirla discurrir acerca del amor divino, se deshacian en copioso llanto, se sentian abrasadas en una llama consumidora, y juzgaban ver en Verónica un ángel ó un serafin celeste. ¿Cómo era posible que el divino esposo no correspondiese á este amor de su esposa con un amor singular y sin límites?

Temo, señores, que la maledicencia de ciertos espíritus carnales y materializados no me tachen de preocupado y visionario, si refiero algunos de los carismas con que fué enriquecida el alma de esta virgen insigne. Empero ¿cómo pudiera yo privar á las almas verdaderamente virtuosas del grato placer de oirlos? No lo haré pues: hablaré, y si el mundo no entiende este lenguaje, comprenderánlo los que como Verónica saben amar á Jesucristo. Al modo que el Salvador, queriendo oír de la boca de su querido apóstol san Pedro una confesion de su heroica caridad, le preguntó un día por tres veces: «¿Pedro, me amas?», tambien apareciéndose á nuestra ilustre virgen en un día de Pascua, la dirigió estas palabras: «¿De quién es ese corazon?... Vuestro es, Señor, respondió Verónica... ¿De quién es ese corazon?, repuso Jesucristo... Vuestro es, volvió á contestar la virgen amorosa... ¿De quién es ese corazon?, preguntó por tercera vez el divino esposo, y respondióle: Vuestro es, Dios mio.» Jesus tomándole en sus manos, dijo; pues si es mio, yo le colocaré donde debe estar, y mostrándola su divino corazon, puso sobre él el de su esposa, quedando esta abismada en un volcan de amor (1).

¿Cuál seria en adelante la vida de Verónica, sino una vida de amor, de cruz, de mortificacion, una vida de semejanza con aquel que habia tomado posesion de su corazon de un modo tan extraordinario? Su desprendimiento fué universal. Contenta con el hábito mas pobre y remendado, en nada se distinguia de

(1) *Salvatori en el lug. cit. c. 2. pág. 217.*

sus súbditas, siendo superiora, mas que en su mayor abatimiento, y en una humildad profundísima que la hacia admirar de todas. Su mortificacion fué inimitable. Una túnica erizada de espinas cubria sus virginales miembros; sangrientas disciplinas despedazaban su cuerpo; láminas candentes abrasaban su pecho. Ora se lanzaba en medio de punzadores abrojos hasta regar el suelo con su sangre y quedar casi exánime; ora se picaba con manojos de alfileres y se rasgaba con peines de hierro; ya pasaba horas enteras suspendida de una cuerda que ataba á sus muñecas; ya... Dios mio! ¡Solo vos podeis infundir un valor semejante en un sexo tan débil. Solo vos pudisteis inspirar á Verónica un fervor que hubiera pasmado á los mismos mártires! ¿Y á quién no hubiera pasmado ver á la santa virgen hecha una viva imágen de toda la pasion de Jesucristo? Aquí la contemplaréis ceñidas sus sienes por manos del Salvador con una corona de espinas, cuyo dolor intensísimo experimentó todos los días de su vida: allí vereis traspasado su pecho con un dardo que le hizo brotar sangre en abundancia, y dejó impresa para siempre una llaga indeleble: ya taladrados sus piés y manos con unos clavos que, aunque espirituales, fueron en sus efectos tan dolorosos como si hubiesen sido de hierro: ya en fin sus miembros afligidos con todos los dolores, y su alma angustiada con todas las amarguras que el Salvador sufriera desde el huerto hasta el Calvario.

Oh esposo de sangre! ¡Bien podeis asegurar que sois todo de vuestra esposa Verónica! Y Verónica á su vez ¿no podrá tambien decir que es toda vuestra? ¿Qué la falta para ser la imágen perfectísima de la cruz? El cáliz que la manifestasteis un día en señal de que la destinabais á beber con vos el amargo licor de los padecimientos, ¿no lo ha apurado ya hasta las heces? ¿Queda en su cuerpo parte alguna que no esté marcada con el sello de vuestra pasion acerbísima? ¿No la habeis visto ya hecha una mujer de dolores? ¿Qué resta para completar el divino desposorio que con ella hicisteis, y la donacion perfecta que ella os hiciera de su amante corazon? Tiempo es ya que la conduzcais al monte santo á coronarla con la diadema inmortal, entre las esposas del eterno Cordero, en donde sin cesar entone el himno perpetuo de bendicion y gloria con los ángeles y bienaventurados.

Llegó este día, católicos; Jesucristo, satisfecho de la virtud



heróica de su esposa, y tiernamente prendado de la hermosura de su alma, la llevó para sí, despues de haberla colmado de toda especie de dones que la hicieron admirar de cuantos llegaron á conocerla. No solo en su vida, sí que tambien despues de su preciosa muerte, su memoria fué grata en todo el orbe católico. Los prodigios sin cuento que ilustraron su sepulcro, extendieron la fama de su santidad hasta los mas remotos climas. La voz del Vaticano declaró sus virtudes en grado heróico, y hechos los competentes exámenes, y aprobados los milagros obrados por su intercesion, por la santidad de Pio VII, fué beatificada solemnemente, y colocadas sus imágenes en los altares para recibir el culto de los fieles. No bastaba esto para completar la gloria de la ilustre vírgen de Mercatelo. Los pueblos ansiaban el momento de verrealizada la solemne canonizacion de una bienaventurada, que por donde quiera hacia brillar prodigios sin cuento y derramaba gracias extraordinarias en cuantos á su mediacion acudian. No tardó este en llegar. Nuestro inmortal pontífice Gregorio XVI ha llenado cumplidamente los deseos de toda la iglesia. Nuestra insigne vírgen ha recibido los honores de santa, y tal la aclaman ya los fieles hijos del cristianismo.

¡ Oh feliz y mil veces dichosa Verónica de Juliani! Recibe el tributo de alabanza que hoy te ofrece este piadoso pueblo congregado á celebrar tus virtudes, y á dar gracias al cielo por los beneficios que por tu intercesion recibimos. No olvides á estos tus devotos que llenos de confianza derraman ante tu altar fervientes plegarias en favor de la iglesia, de la religion y de este suelo tan fecundo en religioso ardor por su religion, como en desgracias é infortunios. Consíguenos de Jesucristo, que tan apasionado se mostró de tu corazon, y que te eligió por esposa suya, fidelidad para servirle hasta la muerte; á fin de que esta sea el momento dichoso de nuestro tránsito á la inmortal Jerusalem de la gloria.

## SERMON

### DE SAN VICENTE FERRER.<sup>(1)</sup>

(DE CLIMENT.)

*Non potest civitas absconbi supra montem posita.*

Una ciudad que está puesta sobre un monte, no puede esconderse.

*S. Mateo, c. 5. v. 14.*

No siempre han de ser indóciles los israelitas, Ilustrísimo Señor. No siempre ha de ser su cerviz inflexible al yugo de los divinos preceptos. Mande Moises en el Levítico que celebren con la mayor solemnidad la Neomenia del sétimo mes, que en este dia se abstengan del trabajo, que ofrezcan á Dios holocaustos, que toquen clarines ó trompetas armoniosas. Mande David en sus Salmos lo mismo, diciéndoles que ese precepto les impuso el Dios de Jacob; que yo salgo fiador de su obediencia. Porque contemplo que tienen presente en su memoria el beneficio que, segun entiende mi angélico maestro santo Tomas, se les acuerda en este dia haberles hecho Dios, enviando un ángel del cielo para que detuviera el brazo de Abraham, cuando estaba para descargar el golpe sobre el cuello de Isaac. Y porque tambien contemplo que están inclinados y prontos á cumplir lo que Moises y David les mandan.

Por la misma razon, oyentes míos, no tengo el menor reparo de exhortaros á que hagais en este dia lo que hacian en aquel los israelitas. Porque ¿ no le consagrais al culto de un santo que naciendo en nuestra patria la acarreó el mayor ho-

(1) Predicado en la metropolitana de Valencia en el dia de su fiesta.